

— Sopla entonces, yo no puedo lograr cosa alguna ; tiene los dientes de hierro.

— ¿ Le habéis quitado las botas y las medias ?

— Sí.

— Frotadle las sienes con vinagre ; echadle agua fria en la cara ; separadle los dientes aun cuando debiérais romperse los ; yo voy á intentar sangrarle del pie.

Abrió Ludovico su estuche, y sacó su lanceta, picó dos veces la vena del pie, pero inútilmente.

La sangre no asomó.

— Quitadle la corbata, el chaleco, la camisa : arrancádselo todo.

— Aquí hay servilletas abrasando, dijo una voz.

— Dad parte de ellas á Canta-Lilas y frotad el pecho de Colombán con las otras, dijo Ludovico : ¿ oyes Canta-Lilas ? Haz lo mismo. ¡ Ah ! aquí hay un cuchillo.

Consiguió Ludovico introducirle el cuchillo entre las dos mandíbulas de Colombán ; entonces, renunciando á la esperanza de introducir un tubo de pluma en un espacio tan pequeño, aplicó sus labios á los labios del joven, é intentó introducirle aire en los pulmones.

La garganta estaba apretada, el aire no pasaba de la faringe.

— ¡ Demasiado tarde ! ¡ demasiado tarde ! murmuraba Ludovico ; veamos, intentemos sangrarle en la vena yugular.

Volvió á coger su lanceta, y con mano admirablemente segura abrió la vena del cuello.

Pero ni más ni menos que en el pie, no asomó la sangre.

— Aquí hay sales y álcali, dijo uno de los mensajeros presentando dos frascos á Ludovico.

— Toma, Canta-Lilas, dijo Ludovico, coge el frasco de las sales, y ponlo debajo de la nariz de la joven ; el álcali lo guardo para mí.

— Bien, dijo Canta-Lilas alargando la mano.

— ¿ Y el aire ? preguntó Ludovico.

— ¿ Cómo el aire ?

— ¿ Crees que ha penetrado hasta el pecho ?

— Me parece que sí.

— Entonces, ¡ ánimo, hija mía ! ¡ mucho ánimo ! frótale las sienes con vinagre y hazle respirar sales.

Ludovico mientras tanto, empapaba un paño en agua alcalina, y envolvía en él la cabeza de Colombán.

Pero Colombán permanecía inmóvil, ningún aliento salía de su pecho, ni podía penetrar el aire en él.

— ¡ Oh ! dijo Canta-Lilas, me parece que palidecen sus labios.

— Ánimo, ánimo, Canta-Lilas, es buena señal. ¡ Oh ! mi querida hija, ¡ mira qué felicidad sería para ti si pudieses decir que habías salvado la vida de una mujer !

— Me parece que ha suspirado, dijo Canta-Lilas.

— Levanta el párpado y mira el ojo : ¿ está siempre tan tierno ?

— ¡ Oh ! Mr. Ludovico, me parece que lo está menos.

— Mr. Pilloy no está en su casa, dijo entrando el mensajero que se había enviado á casa del cirujano mayor.

— ¿ Dónde está ? preguntó Ludovico.

— En casa de Mr. Gerard, que está muy malo.

— ¿ Dónde vive Mr. Gerard ?

— En Vanves : ¿ es preciso ir á buscarlo ?

— Es inútil, está demasiado lejos.

— ¡ Oh ! es que también está muy malo ese pobre Mr. Gerard, dijo una voz.

— ¡Mr. Ludovico! ¡Mr. Ludovico! respira, gritó Canta-Lilas.

— ¿Estás segura de ello, hija mía?

— Le frotaba el pecho con una servilleta caliente, y he sentido el pecho levantarse. ¡Mr. Ludovico! lleva la mano á la cabeza.

— Vamos, vamos, dijo Ludovico, de dos salvaremos uno al menos. Llévala pronto fuera de aquí, para que al abrir los ojos no vea á su amante muerto.

— Á su habitación, á su habitación, dijo Nanette.

— Sí, á su habitación; abridéis todas las ventanas y haréis allí un gran fuego. ¡Marchad! ¡marchad!

Llevaronse á Carmelita las mujeres.

Comenzaba á amanecer.

— ¿Sabes lo que hay que hacer, Canta-Lilas? gritó Ludovico al grupo de jóvenes que llevaban á Carmelita.

— No, decid.

— Lo que has hecho hasta aquí, nada más.

— Pero, ¿si pregunta qué ha sido de su amante?

— Es posible que no hable lo menos en una hora, y no recobrará la razón lo menos en dos ó tres.

— ¿Y entonces?

— Entonces estaremos cerca de ella, ó Nanette ó yo.

Después, volviendo á Colombán:

— ¡Demasiado tarde! ¡demasiado tarde! murmuró; pobre Colombán, ó más bien, ¡pobre Carmelita!

Y volvió hacia el joven con esa sublime tenacidad del médico que persigue la vida hasta en los brazos de la muerte.

CAPÍTULO XIII.

EN DERREDOR DEL LECHO DE CARMELITA, Y CERCA DEL
LECHO DE COLOMBÁN.

Á las nueve de la mañana, el carruaje que contenía á Juan Robert, Mr. Jackal y Salvador se detuvo á la puerta de la casa donde habían pasado los terribles acontecimientos que acabamos de referir.

Tres carruajes se hallaban ya detenidos á la puerta; un fiacre, una pequeña calesa y un gran carruaje blasonado.

Allí están todos tres, murmuró Salvador.

Mr. Jackal cambió en voz baja algunas palabras con un hombre vestido de negro que estaba á la puerta.

El hombre negro montó sobre un caballo atado á la puerta de una taberna á algunos pasos de allí, y partió.

— Me ocupo de vuestro maestro de escuela, dijo Mr. Jackal á Salvador y á Juan Robert.

Salvador respondió con una inclinación de cabeza en señal de agradecimiento, y entró en el pasadizo.

Apenas había dado tres pasos en él, cuando un perro acostado en la primera meseta saltó á través de las gradas, y vino á posar sus dos patas delanteras sobre los hombros de Salvador.

— Sí, perro mío, sí, Rolando, sí, está ahí, ya lo sé. Veamos, enséñanos el camino, Rolando.

Subió el perro y se detuvo delante de la puerta de la habitación de Carmelita.

Mr. Jackal, como hombre que tiene derecho de entrar en todas partes, abrió la puerta y entró el primero.

Entonces se ofreció á las miradas del empleado de la policía y de los jóvenes, un cuadro lleno de profunda poesía.

Figúrese en efecto, en torno del lecho en que Carmelita, todavía aletargada, pero fuera de peligro estaba tendida, tres jóvenes arrodilladas y orando.

Aquellas tres jóvenes, iguales en edad, iguales en belleza, y vestidas todas tres como Carmelita, es decir, con un traje particular, que naturalmente debemos describir aquí.

Este traje era el de las pensionistas de San Dionisio.

Componíase de un vestido de fina sarga negra, un grande zagalejo guarnecido, corpiño encima, sobre el cual estaba colocado un cuello blanco plegado: las mangas de los vestidos eran anchas, y colgaban como las mangas de las religiosas; una ancha cinta de lana, que daba vuelta en derredor de los dos hombros, venía á ceñir el talle, formando detrás de la espalda un ángulo, cuya base estaba en el cinturón y la extremidad en los hombros; aquel cinturón, ancho como la mano, estaba tejido de lana de seis colores diferentes: verde, violeta, amarillo, azul, blanco y nacarado.

Era en fin un traje medio mundano, medio religioso; una mujer de mundo no hubiera puesto en su traje tan rigurosa rigidez: una religiosa no hubiera llevado aquel cinturón brillante que reflejaba todos los colores del arco iris.

Era en fin, según hemos dicho ya, el traje de las colegialas de San Dionisio cuando entran en lo que se llama clase de perfeccionamiento.

Á la primera mirada reconoció Juan Robert á Fresolina, y miró á Salvador para designársela; en cuanto á Salvador, no solo la había visto, sino que también había sido visto por ella.

Puso el dedo sobre la boca, recomendando así el silencio á Juan Robert.

De repente retrocedieron espantados los dos amigos, les había parecido que el cuerpo hacía un movimiento.

Ignoraban que Carmelita había sido salvada por Ludovico.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! dijo Mr. Jackal con la indiferencia propia de las gentes habituadas á semejantes espectáculos; ¿ pues qué, no está muerta ?

— No, señor, respondió la más alta de las jóvenes; la que por la talla y hasta por la belleza parecía mandar á las demás.

Volvióse Juan Robert; el timbre de aquella voz no le era desconocido.

Reconoció pues á Mlle. Regina de la Mothe-Houdon.

— ¿ Pero y el joven ? preguntó Mr. Jackal.

— Aun se espera, respondió Regina; está á su lado un joven médico, y mientras no se presente aquí no se habrá perdido completamente la esperanza.

En este momento se abrió la puerta, y con gran asombro de Juan Robert y Salvador, entró Ludovico.

Había echado á un lado todo su disfraz de carnaval, y había enviado á su casa á pedir un traje completo, por medio de un hombre á caballo.

— ¿ Qué hay ? dijeron todas las voces.

Ludovico sacudió la cabeza.

— Está junto á él el sacerdote; en cuanto á mí, ya nada tengo que hacer allá.

En seguida, como le enseñasen á Carmelita, siempre muda, y cuyos ojos cuando se abrían parecían no ver:

— ¡Oh! pobre niña, dijo Ludovico; dejadla en su ignorancia, demasiado pronto volverá á la vida.

— Señores, dijo Mr. Jackal dirigiéndose á Salvador y á Juan Robert, nosotros estamos aquí sólo por casualidad; creo pues que sería bueno dejar á la enferma con sus amigos y el médico, hacer lo más pronto posible el proceso verbal, y partir para Versalles.

Juan Robert y Salvador se inclinaron en señal de adhesión.

Levantóse Fresolina y vino á decir algunas palabras al oído de Salvador, que respondió con un signo de consentimiento.

Después de lo cual, los dos jóvenes salieron como habían entrado precedidos de Mr. Jackal.

Todo estaba preparado en el piso bajo para escribir la relación del acontecimiento.

La puerta del corredor estaba abierta, y á través de los vidrios de las ventanas, de los que dos además estaban rotos, se veían brillar los cirios.

— ¡Queréis venir á derramar algunas gotas de agua bendita y hacer una plegaria sobre aquel pobre cuerpo? dijo Salvador al poeta.

Juan Robert hizo un signo afirmativo, y mientras que Mr. Jackal, para atraer las ideas, se llenaba la nariz de tabaco, se encaminaron los dos hacia el pabellón.

Colombán estaba acostado sobre su lecho; la sábana, echada sobre su cabeza, denunciaba á través de sus pliegues aquella forma rígida que la mano de la muerte da al cadáver.

Un hermoso monje dominico, sentado á la cabecera del

lecho, con su libro abierto sobre las rodillas, pero la cabeza echada hacia atrás, y dejando caer de sus ojos lágrimas silenciosas, decía el oficio de difuntos.

Al ver á los dos jóvenes que entraban con la cabeza descubierta y baja, levantóse el monje.

Dirigió su mirada á Juan Robert y Salvador; pero era evidente que los dos semblantes le eran desconocidos.

La impresión que produjo la vista del monje sobre Salvador, fué diferente.

Al ver al bello dominico, el joven se detuvo y dejó casi escapar un grito de alegría; templado sin embargo por el respeto.

Á este grito se volvió el monje; pero la segunda mirada que dirigió á Salvador, nada más le enseñó que la primera, y salvo este movimiento natural de asombro, que duró sólo lo que un relámpago, permaneció impassible.

Pero Salvador avanzó hacia él.

— Padre mío, le dijo, sin apercibiros de ello, habéis salvado la vida al hombre que está delante de vos, y este hombre que nunca os ha visto, que nunca os ha vuelto á encontrar después, os ha dedicado un profundo reconocimiento. Vuestra mano, padre mío.

Tendió el monje la mano al joven, que á pesar de los esfuerzos que hizo Domingo para retirarla, se la besó respetuosamente.

— Ahora, dijo Salvador, escuchadme, padre mío; no sé si tendréis necesidad de mí, pero juro por lo más santo que existe y ha existido, juro sobre el cuerpo de un hombre de honor que acaba de dar el último suspiro, que la vida que os debo es vuestra.

— Acepto, caballero, respondió gravemente el monje, aunque ignoro cuándo y cómo he podido hacer os el servi-

cio que decís: los hombres son hermanos y están en el mundo para ayudarse unos á otros; cuando tenga necesidad de vos, iré á buscaros. ¿Vuestro nombre y vuestras señas?

Acercóse Salvador al pupitre de Colombán, escribió su nombre y sus señas sobre un papel, y lo presentó al monje.

Puso el dominico el papel doblado en su breviario, se volvió á sentar á la cabecera de Colombán y continuó sus oraciones.

Los dos jóvenes cogieron uno en pos de otro el ramo de boj empapado de agua en el vaso de cobre, y rociaron con él la sábana que cubria el cadáver de Colombán.

En seguida, arrodillándose los dos al pie del lecho, hicieron mentalmente una ferviente plegaria.

Mientras que oraban entró un hombre vestido con una librea, que indicaba que era criado de una casa rica de aldea.

— Señor, dijo al monje, creo que es á vos quien busco.

— ¿Qué me queréis, amigo mío? preguntó Domingo,

— ¡Mi amo se muere, señor! y como el cura de Vanves está ausente, os suplica que tengáis la bondad de venir á oír su confesión.

— Pero, dijo el monje, soy extranjero á la comunidad; ese joven, cerca del cual estoy orando, era mi amigo, y he venido á consecuencia de la carta que me ha escrito, y que desgraciadamente ha llegado á mis manos demasiado tarde.

— Señor, dijo el criado, creo que esa cualidad de extranjero es justamente lo que hace desear á mi amo que vengáis á asistirle; está malo, muy malo, y Mr. Pilloy, el cirujano mayor, interrogado por él, le ha respondido que

si quería tomar sus precauciones, no había tiempo que perder.

Lanzó el monje un suspiro y miró al cadáver inmóvil, cuya forma se percibía á través de la sábana.

— Señor, continuó el criado, mi amo me ha dicho que os conjure en nombre de Dios, cuyo ministro sois, á que vengáis á su lado sin perder un solo instante.

— Hubiera, sin embargo, querido no dejar este pobre cuerpo, dijo el monje.

— Padre mío, dijo Salvador, me parece que debéis vuestros consuelos á los vivos, antes que las oraciones á los muertos.

— Además, dijo Juan Robert, si deseáis que permanezca aquí alguna persona compasiva y simpática respecto á la gran desgracia que os acaece, aquí me tenéis.

— Señor, insistió el criado, ¿qué he de decir á mi amo?

— Decidle que os sigo, amigo mío.

— ¡Oh! ¡gracias!

— ¿Por quién he de preguntar?

— Por Mr. Gerard.

— ¿Su calle y su número?

— ¡Oh! señor, la primera persona de quien os informéis, os enseñará la casa; mi pobre amo es la providencia del país.

— Idos, dijo el monje.

El criado salió al instante.

— ¿Me habéis prometido permanecer aquí hasta mi regreso, caballero? preguntó Domingo á Juan Robert.

— Me encontraréis donde me hayáis dejado, padre mío, dijo el poeta, al pie de este lecho.

— Y si tenéis alguna recomendación particular que ha-

cerme, dijo Salvador, trataré de suplirlos de buena voluntad.

— Acepto vuestro ofrecimiento, caballero ; ¿ sabéis que me habéis dicho que podía disponer de vos ?

— Obrad.

— Colombán me ha encargado que cuidase de que su cuerpo fuese depositado cerca del cuerpo de la que amaba ; la Providencia ha permitido que no haya más que un cadáver en vez de dos ; no puedo, pues, cumplir el deseo de mi amigo. Hay más, ese cadáver debe sustraerse lo más pronto posible á los ojos de la pobre Carmelita ; he decidido pues partir hoy á las cuatro para la Bretaña, donde hay un padre que tiene derecho al cuerpo de su hijo y á mis consuelos.

— Á las cuatro al extremo de la población, padre mio ; el cadáver, encerrado en un féretro de encina, os aguardará, llenas todas las formalidades, en un carruaje de posta ; no tendréis más que tomar asiento á su lado, y partir.

— Soy pobre, dijo el monje, no tengo sobre mí más que una suma apenas suficiente para mi viaje personal ; como podré...

— No os inquietéis, padre mio, interrumpió Salvador, los gastos de viaje se pagarán á la vuelta.

Aproximóse el monje al lecho, levantó la sábana, besó á Colombán en la frente, y salió.

Cinco minutos después entró Mr. Jackal.

Aproximóse á los dos jóvenes, se apuntaló sobre sus piernas separadas, se balanceó un instante con las manos en sus bolsillos ; en seguida, dirigiéndose más particularmente á Juan Robert :

— ¿ Sois poeta ? dijo al joven.

— Es decir, se pretende que lo soy.

— ¿ Y en vuestra cualidad de poeta, repitió el hombre de policía, creéis en la Providencia ?

— Sí, señor, tengo el valor de confesarlo.

— Os es preciso en efecto, dijo Mr. Jackal sacando su tabaquera de su bolsillo, y aspirando con rabia dos ó tres polvos de tabaco.

— ¿ Á qué propósito me decis eso ?

— Tomad, á propósito, esta carta.

Y sacó de su bolsillo una que enseñó á Juan Robert, pero sin dársela.

— ¿ Qué carta es esa ? preguntó Juan Robert.

— Es una carta que llegó ayer, dijo Mr. Jackal, sobre la cual se ha tenido cuidado de escribir las dos palabras : *muy urgente* ; carta que el cartero entregó al extremo del lugar á la jardinera Nanette, que ésta llevó á París en su bolsillo, y que si la hubiese entregado ayer tarde á aquellos á quienes iba dirigida, hubiera hecho dos personas felices, en vez de hacer un muerto y una desesperada.

— Leed.

Y dió la carta á Juan Robert.

Abrióla éste, y leyó :

« Mi querido Colombán, mi querida Carmelita :

» ¿ No es verdad que os consideraréis muy felices, muy contentos, cuando veáis llegar esta carta de vuestro amigo Camilo de Rozán, en vez de verlo llegar á él mismo ?

» Desde aquí os oigo gritar : ¡ Oh ! ese bueno, ¡ ese querido Camilo !

» Escuchad, queridos míos, hé aqui lo que me escribe uno de mis compatriotas, á quien habia hablado en tiempo de mi matrimonio con vos, Carmelita :

« Mi querido Rozán, tus dos amigos viven como dos »
 » tórtolas, sin dejarse un solo instante; no sólo se aman,
 » más te diré, se adoran.

» Creo que les trastornarías mucho volviendo.

» Muéstrate pues grande como Alejandro, que cedía á »
 » Apeles su querida Campaspe.

» No te diré: Cede á Colombán tu querida Carmelita; »
 » pero te diré: no desunas dos corazones, que el cielo »
 » ha creado el uno para el otro. »

» Hé aquí lo que me escribe mi compatriota, mi que- »
 » rido Colombán.

» En verdad, hay una cosa que ya sabía, amigo mío; »
 es que amabas á Carmelita.

» Hay una cosa que la sé ahora: que Carmelita te ama.

» Hay además, por último, otra tercera cosa, que tú »
 me has dicho, y que 'creo; y es, que morirías antes que »
 faltar al juramento que me has hecho de velar por Carme- »
 lita como por una hermana.

» Y en verdad que no quiero que mueras, mi pobre »
 Colombán, y hé aquí por qué te devuelvo tu palabra, así »
 como á Carmelita la suya.

» Sé pues feliz, Colombán, y si tu sacrificio te ha sido »
 costoso, recibe la mayor recompensa del que puedo ofre- »
 certe, porque en el momento de separarme de ella para »
 siempre, es cuando conozco todo el amor que aun profe- »
 saba á Carmelita.

» Como he resuelto también extinguir este amor y po- »
 ner entre mi corazón y el suyo una barrera insuperable, »
 me he casado ayer noche, y escribo esta mañana desde la »
 cámara nupcial.

» Adiós pues, mi querido Colombán; adiós pues, mi

querida Carmelita; os deseo toda la felicidad que mere- »
 ceís: confesando humildemente mi debilidad, diría casi »
 mi cobardía, si no estuviese seguro de que esta noticia »
 va á colmaros de alegría á los dos, y sobre todo á Carme- »
 lita.

» Vuestro amigo,

» CAMILO ROZÁN. »

— ¿Qué tal? preguntó Mr. Jackal volviendo á coger la »
 carta; ¿qué decís de eso, señor Juan Robert?

— Digo que esto es doloroso, respondió el joven.

— ¿Y seguís creyendo en la Providencia?

— Creo en ella.

— La Providencia, señor Juan Robert, dijo maese »
 Jackal llenando su nariz de tabaco, ¿queréis que os diga »
 lo que es?

— Me haréis un favor y me complaceréis, atendido á »
 que yo creo en ella con confianza.

— Pues bien, la Providencia es una policía bien mon- »
 tada. Vamos á ver si en Versalles encontramos la novia »
 del maestro de escuela.

Y ahora, si por casualidad nuestros lectores nos pre- »
 guntan en voz alta lo que Juan Robert preguntó en voz »
 baja á Salvador, en el momento que, fiel á su promesa, »
 dejaba al mandadero de la calle de Fers y al hombre de la »
 calle de Jerusalén partir para Versalles, y quedaba él »
 cerca del cuerpo de Colombán; si pues por casualidad el »
 lector nos preguntase:

Cómo podía Mr. Jackal á les siete y media de la mañana »
 estar informado de los acontecimientos que habían tenido »
 lugar en Bas-Meudón desde la medianoche hasta las cinco »
 de la mañana, responderemos lo siguiente:

Existía en esta época una institución espiritual que se llamaba el *gabinete negro*.

Este gabinete negro era un paraje en donde doce ó quince empleados se ocupaban día y noche en tomarse el trabajo de leer las cartas antes que las personas á que iban dirigidas.

Mr. Jackal, en virtud de los rumores que corrían de una triple conjuración republicana, orleanista y napoleónica, Mr. Jackal, decimos, no desdeñaba, desde iba un mes ó dos, hacer, en momentos perdidos, el oficio de un simple empleado.

En consecuencia, Mr. Jackal había pasado la noche en abrir y leer cartas.

Había caído en sus manos la carta de Colombán á Domingo.

Eran cerca de las cuatro y media de la mañana.

Mr. Jackal había hecho que al instante montase un hombre á caballo, y le había ordenado que fuese á Bas-Meudón á galope tendido.

Mr. Jackal, que pretendía que la Providencia era una buena policía; Mr. Jackal, decimos, esperaba que su hombre llegase á tiempo.

Su hombre llegó un instante después que se había penetrado en el pabellón de Colombán, y por consiguiente llegó demasiado tarde.

En medio del tumulto, nadie paró la atención en él.

Vió una carta dirigida á Mlle. Regina de la Mothe-Houdon, á Mad. Lidia de Marande, y á Mlle. Fresolina Ponroy.

Cogió la carta y la llevó á Mr. Jackal.

Mr. Jackal la leyó como había leído la dirigida á Domingo.

En seguida ordenó á su hombre que tomase un caballo de refresco, y volyese á llevar la carta al sitio de donde la había cogido.

Estó era lo que acababa de hacer el mensajero de Mr. Jackal, cuando los dos jóvenes vieron á éste hablar con un hombre vestido de negro, cuyo caballo estaba atado á la puerta de una taberna.

Lo que Mr. Jackal le decía en voz baja era que podía ir á acostarse y que haría una relación al prefecto de policía respecto á su prontitud y su inteligencia

FIN DEL LIBRO QUINTO.